

base para su especialización posterior. Es el aprendizaje después del título profesional y los estudios más especializados los que completan finalmente su educación primitiva en la rama de la medicina que elija.

El profesor debería tratar de producir una persona educada en principios y métodos, capaz de ver qué intenta y qué significa la medicina en su totalidad, entrenado en observar con sus manos y sus sentidos, estimulado a pensar lógica y críticamente, instruido en el uso de instrumentos de medición y equipado con un conocimiento básico sobre el cual continuará construyendo el resto de su vida profesional.

¿Están haciendo esto los profesores de medicina? ¿O es la enseñanza sólo un subproducto de nuestra actividad profesional? ¿Nos examinamos de tiempo en tiempo con ojo crítico o nos contentamos complacientemente con sólo hacer pasar al estudiante la valla del examen?

¿Estamos satisfechos con la forma cómo se aprecia la competencia del estudiante para ser aprobado? ¿Tiende el examen a confundir lo que se enseña y lo que se aprende y, si es así, podemos sugerir alguna alternativa? Siempre tenemos que recordar que en muchos países la manera de apreciar la competencia y los niveles están fijados por ley. Sin embargo, no hay duda que la experiencia podría demostrar al-

gunas maneras en que los exámenes ortodoxos podrían modificarse ventajosamente.

Los responsables de la educación médica ¿tendrán la humildad y el coraje de admitir que no todo está bien? ¿Lo harán con la visión y la imaginación necesarias para inspirar a los jóvenes a proseguir con las tareas de nuestra profesión, con el sentimiento de dedicación a algo más grande que ellos mismos? La posibilidad existe, ya que de otra manera no nos habríamos reunido tantos de nosotros aquí en Londres, pero las posibilidades deben convertirse en probabilidades y en certidumbre. Y hasta que esto suceda, debemos llenar nuestras almas con el descontento que tan acertadamente se ha llamado divino.

Debemos tratar de llegar más alto de lo que alcanzamos, pero si lo intentamos, debemos, por lo menos, llegar a alguna parte. Nuestra responsabilidad individual y colectiva como profesión está creciendo y seguirá creciendo y no podemos escapar a ella. La medicina actual también provee una gran variedad de oportunidades para toda clase de talentos. Pero los talentos se desperdiciarán o serán mal usados si la estructura y el contenido de la educación médica presentan fallas y si los educadores médicos se quedan complacientemente satisfechos consigo mismos y sus métodos.

LA EDUCACION GENERAL EN LA ERA DE LA CIENCIA

Alan Valentine,

Ex Presidente de la Universidad de Rochester, U. S. A.

Proc. First W. Conf. Med. Ed. Pag. 68.

La educación de un país democrático está fuertemente influido por la cultura y valores de su pueblo. El rápido aumento de la soberanía popular expresada directamente, está haciendo que los valores populares estén determinando en forma creciente el contenido y calidad de la educación escolar y preuniversitaria y afecten, en consecuencia, la educación médica. Las escuelas de medicina sólo pueden seleccionar del material humano que la sociedad les entrega.

Se hace así evidente la necesidad de buenos maestros capaces de influir sobre los valores y actitudes de la sociedad.

El discutir la educación médica implica dar pensamiento a las tendencias culturales y para mí es posible hacerlo naturalmente sólo en relación a mi propio país.

En el proceso de reemplazo de valores absolutos por valores pragmáticos, ha aparecido una

confusión de pensamiento y de propósitos. Una de las confusiones relacionadas con los fines y usos de la democracia está relacionada con la igualdad proclamada por la Revolución Francesa: la creencia que los hombres no sólo deben tener iguales oportunidades, sino que alguna fuerza debe llevarlos a alguna igualdad total en niveles de vida, costumbres e incluso ideas. En la sociedad moderna libre hay presiones intensas buscando la nivelación e incluso algún resentimiento sobre la superioridad de tipo individual. Estas tendencias niveladoras actúan siempre hacia abajo, desde el momento que el igualitarismo busca el más bajo común denominador. En Estados Unidos los resultados de esta tendencia sobre los valores culturales e ideales han llegado a hacerse muy evidentes, e incluso podemos verlo en las presiones ejercidas sobre las escuelas médicas para aceptar estudiantes con calificaciones inapropiadas. La cultura de las sociedades primitivas fue formada y dirigida por algún tipo de aristocracia o de élite; en Estados Unidos no ha aparecido un liderazgo cultural apropiado y la enseñanza de Platón y Aquinas, de Oxford, la Sorbonne y Harvard está siendo llevada a valores de tipo utilitario. La democracia se encuentra así en un momento crucial. ¿Continuará descendiendo de mediocridad en mediocridad hasta llegar a un límite tan bajo como para no sobrevivir?

El peligro que afronta el mundo libre debe ser contrapesado con una llamada basada tanto en ventajas espirituales como materiales. En el terreno de valores y calidad, la mera provisión de educación universal y alfabetismo, sin mucha preocupación sobre el uso de ellas, no es garantía de cultura o liderazgo elevado. El peligro no se relaciona sólo con la ignorancia y miopía de la mayoría popular. Las aristocracias intelectuales que fueron hasta hace poco el factor determinante de la mayoría de las culturas libres fallaron ante sus pueblos en la presentación de formas atractivas de los valores humanos de la sociedad. Hombres que disponen de las ventajas de talento poco común y educación deben recuperar la dirección en el establecimiento de valores, no como una clase dirigente sino como el armazón de una corriente ascendente fluida y constantemente autorrenovada.

La profesión médica es un importante segmento del comando intelectual. Su condición de alto

nivel de calidad y disciplina profesional aparecen como virtudes raras. Ellas deben ser puestas al servicio de la sociedad, tanto en el área profesional del médico como fuera de ella. Aunque en Estados Unidos los médicos son un ejemplo de alto nivel y responsabilidad profesional, ellos no han contribuido igualmente en su calidad de líderes ciudadanos. Podría decirse que la profesión exige tanto que no hay tiempo o energía para servir a la sociedad más allá de los deberes mínimos de todo ciudadano responsable. No estoy sugiriendo que los médicos abandonen sus investigaciones para entrar a formar parte del Parlamento o presidir la Cámara local de comercio; pero ellos pueden cultivar el segmento de sociedad que les pertenece. El no necesita refrenarse por no ser un sociólogo, un economista o incluso un hombre de negocios; no necesita dar juicios exactos, pero puede impartir actitudes y valores a sus conciudadanos. El debe ayudar a la democracia a no llegar a ser tan materialista, a que el conocimiento no se fragmente tanto a través de la especialización, con su humanismo tan olvidado y atrofiado que impide la aparición tanto de grandes médicos humanitarios como de grandes investigadores y especialistas. A menos que los médicos jueguen un importante rol elevando el espíritu de la democracia tanto como sanando a su prójimo, la sociedad moderna puede terminar sin enfermedades físicas, pero con almas enfermas, corazones vacíos y mentes de máquina.

Hay formas prácticas de prevenir este suceso. Calladamente y como individuo, el médico puede penetrar más en los problemas de su comunidad y urgir a tomar los mismos niveles que usa en su profesión: el enfoque psicossomático, la sensación de complejidad de la personalidad humana, la importancia del hombre y de sus cualidades. El puede igualmente influir para que los futuros graduados de las escuelas de medicina estén mejor equipados que él para esta tarea especial. Sintiendo las limitaciones de su propia especialización, puede resistir mayores especializaciones en la educación médica y puede estimular a que la cultura humana sea respetada si no estudiada en las escuelas de medicina y hospitales. Puede también tratar de juntar las separadas áreas de los estudios médicos en una gran unidad. Aunque no pueda esperar que las letras y humanidades puedan ser incluidas en un

plan de estudios demasiado congestionado, puede desengañar a sus colegas de su creencia que las escuelas de medicina deben preferir candidatos que se han concentrado en ciencias a expensas de su educación general. En la mente de algunos educadores médicos hay ya una tendencia en esta dirección, y en la sociedad, en general, han parecido signos dispersos de reacción contra el materialismo, la mediocridad y la excesiva especialización, pero la mayor parte de

la fuerza y de las presiones están en la barrera contraria.

A menos que los científicos y especialmente los médicos destaquen y pregonen los valores de la cultura humana y de la autorrealización, puede no haber real educación en esta era de la ciencia. El diagnóstico de los males de la democracia es más fácil que el tratamiento. Dejo a la profesión médica su administración.